



—Antoñita, sácate del pecho á Pepín que le daremos unas sopitas de ajo.  
—Mira, da el ajo á Pepín, yo ya me comeré las sopas.



## PALIQUE.

No sé cuando se publicará esta crónica, tal vez en plena primavera en un día de esplendente sol, y saturado el ambiente por los arrobadores perfumes de las flores, pero la escribo en un día lluvioso y en unos momentos en que el *agua* tiene obsesionados á cuantos vivimos en la ciudad conda; imposible pues sustraerme á la influencia hidráulica que domina, pero quedad tranquilos, que no voy á hablaros de municipalerías, ni de Moncada, ni Dos Ríos, sino de la importancia del agua en el gran proyecto de la Creación, y sobre la cual se abrigan ideas bastante imperfectas, creyendo que sólo sirve para beber, regar las plantas, como medio de limpieza, y por consiguiente, como agente de salubridad. En la fuerza, en la robustez y en el desarrollo físico del hombre, ¿cuánta parte no tiene el agua? Supongamos que ésta pudiera extraerse toda de repente (no

El oxígeno ni el hidrógeno que se combinan para formar agua, sino el fluido que existe mezclado con las secreciones del cuerpo); si tal sucediese, el hombre por arrogante que fuese, se convertiría en un sér diminuto y apergaminado, un verdadero liliputiense comparado con lo que fué.

Asegúrase que nueve décimos del peso del cuerpo del hombre se componen de agua; por consiguiente, si el hombre pesa 120 libras, las 108 son agua extraída, la cual su peso quedaría reducido á doce libras.

Este hecho es sorprendente, pero tan positivo que puede comprobarse con el más simple y fácil experimento. Un pedazo de carne magra (de buey, por ejemplo) cortada en una pulgada de espesor y colocada en un horno de una temperatura baja, dejándole permanecer en él hasta que toda el agua se hubiese evaporado, se volvería tan fino como una oblea y tan ligero como un cordón. Usando de un procedimiento algo más científico, sería fácil recoger el agua, y este caso el peso del vapor condensado y el residuo sólido harían el peso del pedazo de carne. Si ésta hubiese pesado 16 onzas, la cantidad de agua extraída sería 14 onzas y media, y el residuo sólido de una onza y media.

Al agua debemos esos cambios atmosféricos que constituyen la fisonomía particular de nuestro clima variable. Levantándose en invisibles vapores, construyen magníficos palacios en el firmamento. De ahí que, cuando se sube á una altura muy elevada, puede contemplarse un espectáculo de soberbia grandiosidad. Campos de hilos radiantes, moviéndose majestuosamente como un mar de oro, ocupan todo el alcance de la vista embelleciendo la inmensidad del espacio.

Estas doradas nubes que al mismo tiempo están cubiertas del más rico esplendor y ocupan las regiones superiores del gran palacio de la Naturaleza, son las protectoras de la tierra cuando la tormenta, la sequía y las plantas empiezan á encorvar sobre la tierra sus pálidas cabezas. Cual si fuesen graves consejeros arrugan sus doradas cejas como si discurrieran sobre apremiante necesidad, envían la refrigerante lluvia, la poderosa voz del trueno hace callar el aire, y la tierra nos muestra su faz limpia y refrescada. Luego las nubes engalanándose otra vez con sus brillantes atavíos trasponen una á una las elevadas regiones de la atmósfera hasta que la tierra vuelve á estar sedienta, y las flores sedientas á su vez inclinando el tallo y marchitas sus hojas les piden entre misteriosos clamores diamantina lluvia para apagar su sed.

PACHIN





Pequeño de cuerpo, moffetudo y rubicundo con malicioso y picaresco mirar, el tío Simón con su inseparable pipa entre los labios, daba todas las mañanas un paseo por los alrededores de su deliciosa morada, hermosa quinta en la que había reunido cuantas comodidades podía ambicionar.

El tío Simón mas que un original era un tipo y como á tal era tenido por todos sus convecinos; la higiene era su preocupación constante, el tema de sus conversaciones, su idea fija é invariable; disponia asimismo de un gran repertorio de refranes que á cada paso sabia aplicar.

En sus cotidianos paseos ocurriale á veces ver un carro cuya rueda se habia atascado en el barro, haciendo en vano el carretero desesperados esfuerzos para desatascarla; tranquilo y cachazudo se llegaba á él ¿creéis que para prestarle auxilio?, nada de esto, le daba un golpecito en la espalda diciéndole en tono paternal: «Animo, amigo, ayúdate y el cielo te ayudará». Y grave y digno continuaba su paseo seguro de que con

soltar un refrán había prestado al carretero un buen servicio.

En cierta ocasión encontróse con un su amigo presidente de una obra benéfica.

—Tío Simón,—le dijo aquél,—vos que sois tan rico, podríais ayudarnos en esta obra de beneficencia.

—Tened la seguridad,—contestó el tío Simón,—que he hecho mucho más de lo que os figuráis.

—Perdonad,—repuso su amigo,—pero tendría muchísimo gusto en conocer vuestra bella obra.

—No puedo complaceros. Las buenas obras deben quedar ocultas...

¿Quién era capaz de discutir con un hombre de tan fáciles argumentos?

Pero como en el mundo todo tiene su límite, un día lo tuvieron los refranes del tío Simón.

Hallábase una mañana tranquilamente junto á la verja de su quinta y con su inseparable pipa entre sus labios cuando acertó á pasar el hombre de las alforjas.

—Buenos días,—dijo el caminante en tanto se descubría respetuosamente.

—Buenos,—con-





- Eso que cantas es *La voce de primavera*?  
—Sí, señor.  
—Pues, hijo, parece la voce de un invierno tempestuoso.

testó con gran sequedad el tío Simón despidiendo una bocanada de humo.

El caminante se detuvo y entre temeroso y contrariado, se atrevió a decir:

—Dispense usted, però me dirijo al vecino caserio, podría decirme de estos tres caminos que se divisan al término de la carretera, ¿cuál debo tomar?

—No os inquietéis por esto,—contestó el tío Simón,—por todas partes se va á Roma.

El caminante, pasando á otro orden de ideas, exclamó:

—Estoy muerto de hambre y de sed, y temo morir de inacción antes de llegar donde me propongo.

—Dejaos de vanas inquietudes; al que sabe esperar todo le llega á tiempo.

—Sin embargo,—contestó el pobre,—hay veces que vale más un toma que dos te daré, y si pudiese darme un poco de pan ó un vaso de vino...

—Vuestro semblante no acusa tanta necesidad,—repuso el hombre de los refranes,—y en esta circunstancia me atengo al refrán que dice: ante la duda, abstente.

—Socórrame usted,—insistía el pobre,—una buena acción jamás se pierde, estoy aniquilado, no puedo seguir caminando, si doy con un río me echaré en él...

—Eso no, de ninguna manera,—observó el tío Simón,—¿matarse? que tontería: entre dos males hay que optar siempre por el menor. Dejad vuestra determinación para mañana; la noche trae consejo y alguna vez la fortuna llega durmiendo.

—Es muy cómodo esto de aconsejar á los pobres,—dijo el viandante.—Usted es rico, come cuando tiene hambre, se abriga cuando tiene frío, no carece de nada, tiene propiedades, tierras...

—Quien tiene tierras tiene guerras,—interrumpió con dureza el tío Simón.

El viandante comprendió que era tiempo perdido continuar hablando con un hombre tan pródigo en refranes y que con tanta facilidad los manejaba, recogió de nuevo sus alforjas y se disponía á emprender su caminata, cuando dándole unos golpecitos en la espalda le dijo el tío Simón:

—Voy á daros un buen consejo: si no queréis ser tan desgraciado, en vez de mirar adelante, mirad detrás.

En aquel momento volvió la cabeza el mendigo y bajó los ojos, viendo á sus pies un portamonedas que descuidadamente se le había caído al tío Simón al sacar el pañuelo de su bolsillo.

—Esta vez le agradezco el consejo,—dijo apoderándose del portamonedas que á juzgar por el peso debía contener una buena suma.

El tío Simón, airado y con los puños levantados se dirigió hacia el caminante gritando:

—Estúpido, ¿no sabes que los bienes mal adquiridos no aprovechan á nadie?

Pero de un robusto puñetazo el pobre lo derribó en el suelo diciéndole:

—Toma esta castaña en cambio de tus refranes,—y corriendo como un andarín añadió:—Recuerda el mío también. Los buenos obsequios conservan la amistad.

ALFONSO CROZIERE



## DÍA COMPLETO



—Pascualín, tu madre y yo vamos al mercado; sé juicioso y cuida con esmero a los animales.



—Pues señor; aquí no manda nadie más que yo, pero empecemos por cumplir el encargo de papá.



—¡Arza pili! no está pero contento Pacholi dándole libertad; el pobre se la merece.



—¡Y qué alegría tienen estas aves en poder echar una pluma al aire! Yo también me siento feliz, pues satisfacción produce el hacer bien.



—A los conejos me parece que no les disgusta ese rato de expansión a juzgar por las pataditas que están dando.



—Los caballos quietecitos; demasiado tienen que corretear cada día, pero eso sí, no va a ser mal pienso el que les voy a dar.



—Y las palomitas no me lo van a agradecer poco, ¡que velocidad! me río yo de Vedralina y de todos los aviadores habidos y por haber.



—Vade retro Pascualín esto es el galop infernal.



—Ven aquí pili! ¡remontísimo de la casa!



—Toda mi solicitud será para ti, lechoncito de mi alma.



—Y qué calentito estarás en mi camita..



—Vaya, Pascualín, que hoy a lo menos te ganas un duro.

# DÍA COMPLETO



—¡Buenas tardes, papaitos! ¿Cómo ha ido el mercado?

—Regular, ¿y tu has cumplido mis órdenes?

—Ya lo verá usted.



—¡Voto al chapir! ¿qué tienen estos animales? ¡pues no les ha erecido un palmo la barriga! indigestión segura.



—¡Válgame san Bartolomé! esos malditos no van a dejar ni una lechuga.



—Pues estamos lucidos, los conejos tomando las de Villadiego, cualquiera los va a buscar al bosque.



—¡Oh! las gallinas en la cocina, buena me han puesto la vajilla.



—Cualquiera vuelve a tantos animales a su respectivo lugar, ¡Ah! Pascualita cuando te coja!



—Anda, Pacholi, a vivir encarcelado, que no te prueba la libertad.



—Y pensar que para este funesto desenlace los ha empollado tantos días su asistidísima madre.



—¡Muy bien! Apoteosis final, te has lucido hijo mío, será preciso que te recom-pense como mereces.



—¡Pascualini! ¡Pascualini!



—Ven acá, tentaciones me van dando de que reemplaces por un mes a Pacholi; pero no, mi cólera paternal se desborda.



—Toma por bribón. Pascualini. —No lo decía yo, duro y... en salva sea la parte.

## LOS TRES AMIGOS DE JUANITO

Juanito era un niño tan bueno como hermoso y tan hermoso como discreto.

Sus maestros le querían mucho. Era pandonoroso aplicado é inteligente. Sus padres le adoraban y sus amigos le citaban siempre como modelo de compañeros y estudiantes.



Era rubio como el oro, con el cabello en sortijado. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos oscuros y brillantes como dos estrellas.

Además de los juguetes con que sus padres premiaban su aplicación, tenía Juanito tres amigos que le divertían mucho más que los juguetes: un perro, un gato y una paloma.

El perro que acudía al nombre de «Leal», era ya viejo y gruñón, y en realidad el que menos entretenía á Juanito con sus juegos. Sólo le gustaba tomar el sol, dormir cerca de la estufa y comer las

golosinas que su amo le traía siempre en los bolsillos. Rara vez se permitía petoazar un poco con su amigo el gato y pronto se cansaba, yendo á echarse á poco jadeante y regañón en su rincón favorito.

El gato, que tenía por nombre «Mucifuz», era el animal más zalamero del mundo. Jamás se incomodaba con el pequeño amo ni se cansaba; lo mismo trepaba sobre los muebles que se columpiaba en las cortinas ó hacía gimnasia sobre el lomo del viejo «Leal».

Juanito se sentía completamente dichoso cuando en la hora de la comida veía juntos á sus favoritos, el perro, el gato y la paloma. Todos comían reunidos y jamás disgusto alguno de rivalidad, turbó la paz de los tres compañeros. La paloma de pluma blanca como el armiño y de ojos vivos como una ardilla, se llamaba «Azucena».

Conocía tanto á su amo, que á su voz echaba á volar y se posaba en sus hombros. Comía en la mano de Juanito y hacía una porción de habilidades con sólo una indicación de su dueño.

\*\*\*

Si se hubiese preguntado á Juanito, cuál de los tres amigos prefería, se habría quedado perplejo. Claro está que según lo dicho, quien

más le divertía era «Mueifuz», pero es lo cierto que en una ocasión que «Leal» estuvo enfermo, se puso Juan inconsolable.

Con el gato se pasaba ratos deliciosos. Hacíale monteras de papel, corraje completo de militar, y cual si fuese perro amaestrado le obligaba á ejecutar el ejercicio y á mantenerse derecho en dos patas contra la pared.

Otras veces fingía que estaba enfermo, le ponía una gorra de su hermanita pequeña y le acostaba en la cuna, dándose alguna vez el caso de quedar el animal dormido con el balanceo de la cuna y las canciones de su amo.



Cierto día que Juanito jugaba de este modo con su gato mientras «Leal» dormitaba al sol y «Azucena» se espulgaba sobre el perro, sucedió que «Mucifuz» fuese que estuviese asustado ó que no tuviese aquel día humor de juego, se resistió á hacer lo que su amo le mandaba.

La resistencia del animal que quería escaparse, no intimidó á Juanito que cerrando la puerta del cuarto donde se hallaban, volvió á insistir en su empeño.

Mas el gato viéndose acosado y cortada la retirada, se refugió en un rincón bufando y sacando las uñas. A otro más prudente y menos confiado que Juanito, habría asustado la actitud hostil del animal, pero el niño ignorante del peligro que corría, se acercó amenazándole para que siguiera jugando.

Grandes maullidos y gruñidos de «Mucifuz» fueron la contestación á sus pretensiones. Los ojos del animal relucían con azufrados reflejos, mientras el lomo erizado le hacía aparecer de mayor tamaño.

Al fin llegó un momento en que el niño empezó á temer y quiso tomar la retirada.

Desgraciadamente era ya tarde.

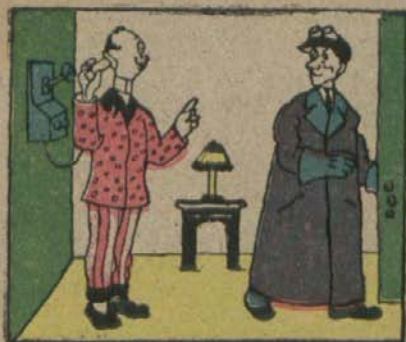
La puerta cerrada de golpe por él, se había encajado de manera que no podía abrirla un niño de corta edad y quedó turbado por el miedo y el terror.

El pobre niño se juzgó perdido y azorado abrió la ventana pidiendo socorro, pues el gato no se limitaba ya á defenderse, sino que perseguía á su pequeño amo maullando y disponiéndose á atacarle.

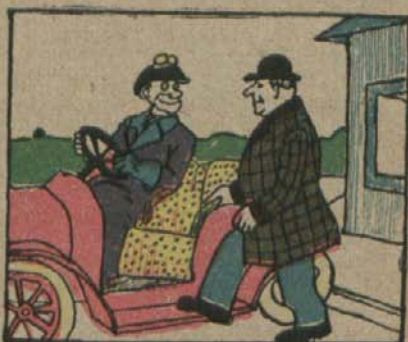
Juanito llorando, presa de



# SE AGUÓ LA FIESTA



Por teléfono avisa Gatuellas  
que el duque va a Valdoncellas.



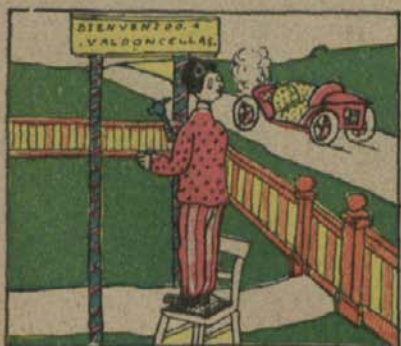
—A veinte por hora ¿verdad?  
—A toda velocidad.



Ve allí un objeto imprevisto  
estrelló a un choffer muy listo.



Distraída su atención  
dieron el gran revolcón.



Y se prepara la fiesta  
con un arco y gran orquesta

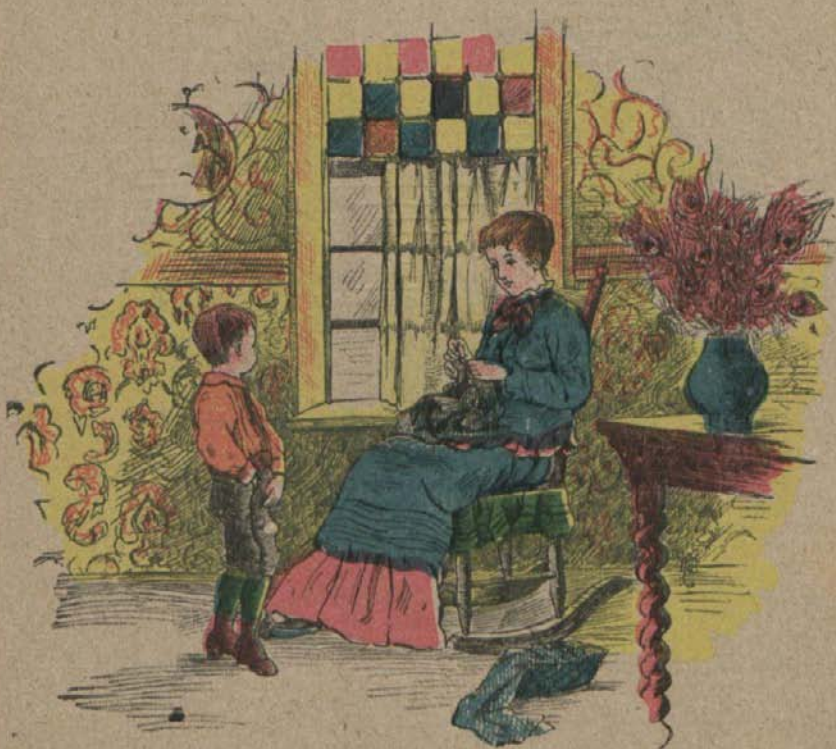


Pero la fiesta se aguó  
porque el conde se estrelló.

verdadero temor y próximo á desfallecer se refugió en un rincón creyendo que no había salvación para él, pues el gato se le acercaba con las uñas sacadas y los redondos ojos centelleantes.

El niño se sentía morir.

Todo sucedió más pronto que se cuenta; pero cuando Juanito horro-



—Mira, como toques el tarro de miel tu papá te castigará.

*El niño.*—Si no toqué el tarro, sólo toqué la miel.

rizado cerraba los ojos cayendo sin sentido, y la paloma asustada escapaba volando por la ventana, «Leal», el noble perro, el fiel amigo de aquel desventurado que había estado mirando impasible la escena, se levantó de repente sacudiendo su natural pereza y viendo á su amo en peligro corrió presuroso á salvarle.

La lucha fué breve, tenaz y sangrienta. El perro aventajaba al enfurecido gato en tranquilidad y fuerza, y dándole una dentellada en el lomo, lo sacudió varias veces y lo soltó en tierra moribundo.

A los gritos acudieron al fin los padres del niño que lo recogieron

del suelo traspuesto; y comprendiendo que al perro debían el que su hijo saliera ileso, lo colmaron de caricias.

Al recobrarse Juanito lo miró con infinito reconocimiento.



—¡Arza! ¡Arza! Dame, Periquitillo, un poquitito de zarza.

Los viajeros. —Hombre, no nos podría usted cantar una canción más dulce para hacernos dormir!

—Más dulce que la zarza, ¿quiere usted Málaga dulce?

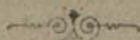
«Leal», sereno y tranquilo como si nada hubiese hecho, olfateó al niño y convencido de que nada le ocurría, fué á echarse gruñendo en un rincón donde se durmió lamiéndose algunos arañazos que sacó de la refriega.

\* \* \*

Como se ve de los tres amigos de Juanito el que le fué más fiel fué precisamente el menos querido y más desagradable. La paloma cobarde é indiferente, huyó cuando se creyó en peligro, y el zalamero «Mucifaz» hizo traición á su amo, al que tan confiadamente jugaba con él.

No debemos fiarnos de los amigos que adulan; en cambio hay que confiar siempre en los que aún regañando y gruñendo como «Leal» son sinceros y firmes en su amistad.

H. GINER DE LOS RIOS



# PASATIEMPOS

## CHARADA

Cuatro como mi *primera*  
con once hermanas mayores,  
dan placer y sinsabores;  
esto lo acierta cualquiera.

Quien con mi *segunda* quiera  
hacerse amigo, se engaña.  
Mi todo es de tal calaña  
que hace servicios al hombre;  
también le injuria su nombre  
y abunda mucho en España.

## JEROGLIFICO COMPRIMIDO

D  
TEJAS

## ANÉCDOTA

Los vecinos de X\*\*\* se habían trasladado en peso á la estación para recibir al ministro de Fomento que iba á inaugurar un pantano, el cual, según el general pensar, iba á ser la riqueza del pueblo.

De pronto un aplauso unánime se unió á los estridentes ecos de la banda, resonando un entusiasmo ¡Viva el señor ministro!

Descendió éste del tren, vestido de uniforme, estrechó multitud de manos y contestó á las obligadas frases de bienvenida que le dedicaron las autoridades.

En la esplanada del andén formaban los bomberos luciendo sus uniformes y sus brillantes cascos. El ministro los miró atentamente sin descubrir cual de ellos podía ser el jefe.

—Señor alcalde,—preguntó á éste,—¿quién está á la cabeza de vuestros bomberos?

—¡A la cabeza de los bomberos,  
—contestó asombrado el alcalde,—  
está el casco, señor ministro!

## CHARADA ILUSTRADA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del  
número anterior

Charada.—Patata.

Jeroglífico comprimido.—Entre  
gustos no hay disputas.

Charada ilustrada.—Cantero.

## CORRESPONDENCIA

Riesco Blázquez, la solución bien. Irán los jeroglíficos.—B. Vallés. Publicaremos *Los dos viajeros*.—Valentín Pla. Irá el metagrama.—R. P. Resulta anticuada la *Gallegada*.—José Vila Olivé. Publicaremos las enseñanzas.—Jaime Llavérica. Se publicará.—J. O. Estamos cansados de leer ese chiste.

Para la correspondencia al director de  
Correo de los Niños, Apartado, 88

Redacción y Administración: Calle de las Cortes, 695.—Barcelona.

En el presente número va adjunto el suplemento n.º 1 UN BARRIO EN CONSTANTINOPLA



— Suelta el paraguas que no cabemos los dos en él.  
— Hija, si en este paraguas cabe toda el arca de Noé.